



Existencia mítica de personajes
infanticidas: los cucos [*cucas*] griegos

Elbio Difabio de Raimondo

Resumen¹

El presente trabajo está dedicado, en el campo de la mitología griega, a la búsqueda y al análisis de seres monstruosos cuyas víctimas sean niños. Estos cucos son Gelo, Lamia, las Estringues, Mormo y Mormólíce.

Luego de ubicar a cada trasgo según sus principales características, lugares y propósitos de acción, anécdotas y relaciones con otros personajes mitológicos, surge entre estos genios, de modo natural, una serie de rasgos comunes. El primero de ellos resulta ser la naturaleza femenina, que motiva la libertad idiomática, presentada en el título, de denominarlas “cucas”. Además, poseen una esencia terrorífica y su residencia está alejada de la comunidad, en cuevas o entre tinieblas. La relación ogresa-niño se vincula con la tendencia destructiva de las victimarias, a causa de la cual raptan, muerden, devoran o dejan defectuosas a sus pequeñas víctimas. Su sola mención provoca temor y los episodios que las involucran están situados más allá de la razón.

Las reflexiones a propósito de tales notas comunes permiten llegar a la conclusión de que el quinteto de espantajos ha cumplido acabadamente su cometido básico de asustar, desde tiempos antiquísimos. Como la mayoría de los textos pertenece a hombres, estos escritores – Aristófanes, Jenofonte, Teócrito, Estrabón, entre otros - han plasmado en sus obras los cuentos de sus madres y nodrizas, quienes les han transmitido así miedos ancestrales.



En la galería mitológica griega abundan los monstruos: crueles unos, enormes otros, híbridos muchos, estos seres poblaron de fiereza la vida antigua. Sirenas, harpías, minotauro, hecatónquiros, sátiros y satiresas, las Gorgonas, Hécate, Esfinge, Escila y Caribdis, ciclopes con Polifemo en primer lugar, centauros y, ya en época posterior helenística y romana, ictiocentauros, provocan genuino pánico, término de tanta resonancia semántica.

Sin embargo, ninguno de aquellos ‘nació’ con la misión expresa de amenazar y de meter miedo a los niños, y, complementariamente, de ayudar a amas y nodrizas en particular y a adultos en general para la imposición de

¹ Este artículo toma como base la ponencia que, con título semejante, fuera presentada en el XVI Simposio Nacional de Estudios Clásicos. Más lecturas y mayor tiempo de reflexión han permitido hacer reajustes.

reglas, la reprensión y la corrección de más de un rebelde. Esta tarea poco grata de atemorizar a un sector específico, al grupo indefenso de los menores de edad, está reservada a las Estringues, Gelo, Lamia, Mormo y Mormólíce, todos genios femeninos que se dedican a robar y a comer a los niños. Son, en consecuencia, auténticos cucos, aun cuando no lleven una calabaza vacía en reemplazo de cabeza, característica que define a estos fantasmas, imaginados para amedrentar² a la niñez.

Estas figuras no registran características especiales en la pintura ni en la escultura antiguas; sí, en cambio; en la literatura, donde hay testimonios dispersos pero suficientemente reveladores, en autores antiguos tan dispares como Aristófanes, Jenofonte, Teócrito, Estrabón, Plutarco, Filóstrato, Diodoro de Sicilia, Antonino Liberal, Hesiquio, Teognosto, Petronio, Suda y en escolios a Apolonio de Rodas, a Aristófanes, a Teócrito. Si bien los datos registrados son escuetos, abarcan siglos de pervivencia, incluyendo el aporte latino. Ovidio, por ejemplo, refiere la existencia de demonios alados que de noche amamantan con pechos emponzoñados. En la mayoría de las ocasiones, la alusión surge en los textos de modo indirecto, a propósito de otros temas que se están desarrollando. Sin embargo, la presencia de estos engendros resulta oportuna porque refleja su perdurabilidad en las creencias de la sociedad en su conjunto.

Analicemos cada trago con el material heredado disponible. Luego de establecer los rasgos definitorios de cada uno, arriesgaremos, a modo de conclusión, algunas interpretaciones sobre su existencia mítica.

I. Gelo, Γελλώ; eólico Γέλλω: es un fantasma nativo de Lesbos, especie de vampiresa, alma en pena de una doncella de la isla que ha fallecido en plena juventud y que regresa del Averno para robar a los chicos. El

² Coco y su variante cuco: "fantasma que se imagina para meter miedo". Ambos términos proceden del portugués côco: "fantasma que lleva una calabaza vacía, a modo de cabeza". Según el *Diccionario de la Real Academia Española* (1992) 21 ed., Madrid: Espasa-Calpe. Sin embargo, es probable su derivación de κῶκός "feo", "deforme", según la *Enciclopedia Universal Ilustrada*.

gramático alejandrino Hesiquio (probablemente s. IV) explica en su glosa: εἶδωλον Ἐμπούσης τὸ τῶν ἀώρων, τῶν παρθένων, “imagen de Empusa, [espectro] de los jóvenes, de las doncellas” y δαίμων ἦν γυναικες τὰ νεογνὰ παιδία φασὶν ἀρπάζειν, espíritu [maligno], el cual dicen las mujeres que arrebató a los niños recién nacidos”.³ Son sugestivos la preocupación y el comentario entre las mujeres y la conexión con la espeluznante Ἐμπουσα, identificada con Hécate, la que preside los hechizos y que suele presentarse zoomórficamente ante magos y brujas, en ocasiones como loba, al modo de Mormólice. En tren de equivalencias, Loraux establece la siguiente serie:

“se afirmará la identidad de Artemis con la Gran Diosa del Asia Menor, de la Gorgona con Artemis-Hécate o de la Diosa en cólera con ... Deméter, Ishtar, Hathor, Hécate (de Grecia a Grecia, con un relevo mesopotámico y una hipótesis egipcia, ¡vaya trayecto!)”.⁴

Gracias a las creencias helénicas populares, se entretrejen y confunden unas con otras en más de una ocasión. Asimismo, en el árbol genealógico de Gelo y de sus compañeras, intuimos parentesco con cucos de culturas vecinas.

Por su parte Safo (VI a. C.) consigna Γελλοῦς παιδοφιλωτέρα, “más amiga de los niños que Gelo”,⁵ dicho, claro está, en sentido irónico.

Si se asocia a γέλως, *risa*, como sugiere Chantraine, la evocación de las carcajadas que el δαίμων profiere con fruición ante desvalidas víctimas, acrecienta el horror del cuadro imaginado.

El término subsiste en el griego medieval y en el Γυλοῦ moderno.

II. **Lamia**, Λάμια: El vocablo también perdura en el griego actual con la acepción de “ogresa”. Pasó al latín y a través de él, al español. El *D.R.A.E.*

³ Citado por Pierre Chantraine (1968), tomo I. Las traducciones al español me pertenecen.

⁴ Loraux (1991: 54).

⁵ Bajo el subtítulo de *Incerti libri*. Fragn. 178 en L. P.; 104 en Diehl. Suidas escribe Γελλοῦς π.; Γέλλως, en (i) Et. Mag. 795. II; (ii) Zenob. iii 3 (I 58 Leutsch-Schneidewin). En Edgar Lobel y Denys Page. *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*. Oxford, Clarendon Press, 1995: 101. *Cfr.*, además, RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1980: 381).

lo define como sustantivo común femenino: “figura terrorífica de la mitología, con rostro de mujer hermosa y cuerpo de dragón”. Y, efectivamente, así se la representaba a veces. La parte inferior de su cuerpo también solía ser de serpiente o asno.

De ella conocemos más detalles que de las restantes y su biografía justifica su proceder, desde la ‘causalidad mítica’. Semejante a Escila – hija o madre de Lamia, según las versiones -, a sirenas y arpías, debió de tener un origen marino. Protagonista de relatos diversos, en uno de ellos aparece como una joven procedente de la región de Libia, hija de Belo y Libia; en otros, reina en el país fantástico de los lestrigones, gigantes también antropófagos. Zeus, haciendo gala de su habitual arte amatoria, se ha unido a esta bellísima mortal. Pero cada vez que Lamia da a luz a un hijo, la celosa e inflexible Hera lo hace perecer por medio de los variados ardidés de que se jacta (menos a Escila, si aceptamos la versión anteriormente nombrada). Según otro relato, la diosa le inspira locura tal que la hace devorar a sus propios hijos.⁶ Finalmente, presa de desesperación, frustración e impotencia, Lamia se retira a una cueva solitaria; para algunos, a una caverna del monte Cirfis, cerca de Crisa, en la Fócide. Entonces, a causa de la envidia que siente por la maternidad de mujeres con más suerte, roba y devora con saña cuanto niño cae en sus manos, sin excepción o, de acuerdo con otras narraciones, extrae la sangre de sus víctimas hasta dejarlos exhaustos. (Así explicaban los antiguos las enfermedades súbitas y raras que aparecían sobre todo en los meses de verano). Más tarde, se agrega al grupo de las Empusas.

A la metamorfosis⁷ y al canibalismo tan frecuentes en la mitología antigua, se añaden la morada de la ogresa, la ira de Hera, el acto de quitarse los ojos, el abuso del vino. En relación con éste, Lamia encarna los peligros

⁶ El ataque y muerte a los hijos está presente en varios mitos; recordemos la locura inspirada por Dioniso a Licurgo y a Ágave.

⁷ Para el tema de las transformaciones aconsejo leer *Las metamorfosis en la Literatura* de SCARAMELLA, Dora G. (1995) Mendoza, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.

de la embriaguez en la juventud. En cuanto a las cavernas, guardan fuertes implicancias simbólicas. La más inmediata, la más superficial quizás, considera a las cuevas como lugares huecos, alejados, primitivos, aislados, silenciosos, agrestes (hábitat de los cíclopes odiseicos, por ejemplo); llenos de misterio, son sitio propicio para lo numinoso. No obstante, de cavidad a guarida hay un solo paso.

Por su parte, Hera inflige refinadísimos castigos a sus adversarios, entre ellos, a las numerosas mujeres seducidas por su infiel esposo. Pues bien, para extremar su vengativa persecución, la diosa madre ha privado a la libia nada menos que del sueño, hasta que Zeus, compadecido o agradecido por sus favores o inspirado por ambos sentimientos a la vez, le concede el don de sacarse los ojos y de reponérselos a voluntad.⁸ Así, en ocasiones, sobre todo después de haber ingerido bastante vino – otra creación divina, surgida en principio como castigo –, la mujer consigue por fin dormir, dejando los ojos a su lado, dentro de una vasija. En esos casos es inofensiva; pero otras veces yerra día tras día, noche tras noche, hostil, acechando a los niños y esperando el momento propicio para caer sobre ellos.

¿Por qué se concibe como un ‘favor’ emanado de Zeus la posibilidad de sacarse los ojos? Lamia ha ‘visto’ demasiado, tan luego a su amante ‘extraordinario’. El dador de esta gracia es, sugestivamente, el padre universal y los ojos, dones de la percepción, pueden considerarse legítimos símbolos de procreación: igual número, forma y proporción en el cuerpo que los medios masculinos y femeninos de reproducción humana. En Edipo, arrancarse los ojos connota castración. Lamia descansará mientras aleje los órganos de la visión, que es lo mismo que decir mientras no tenga hijos, mientras haga a un lado su femineidad. La expresión ‘dar a luz’ tampoco es fortuita; significa, sin más, mantener en acto la condición femenina.

⁸ “Los ojos removibles de Lamia han sido deducidos quizá de una ilustración en la que aparecía la diosa otorgando la visión mística a un héroe mediante la entrega de un ojo.” (GRAVES, 1967: 233)

El desconsuelo ante fuerzas superiores imposibles de vencer, el despojo arbitrar \omicron y la falta de reposo pueden suscitar el desvarío y la maldad. Además, el hecho de que Lamia no descansa es muy conveniente para ‘tenerla a mano’ en cualquier circunstancia y refleja que el peligro está siempre al acecho, como un riesgo ineludible del género humano, frágil ante las contingencias del medio y más frágil aún ante las situaciones sin explicación lógica.

En *Las avispas* 1176 ss. el joven Bdelicleonte pregunta a su padre, aludiendo a un discurso ante personas ilustradas: “¿Y qué dirías?”. Respuesta inmediata: πολλοὺς πάνυ. Πρῶτον μὲν ὡς ἡ Λάμι' ἀλοῦσα ἐπέρδετο, “muy mucho. Primeramente, cómo Lamia, habiendo sido apresada, expelía flatos”.⁹

Homónimos, otros genios femeninos resultan antecedentes helenos del Drácula moderno y se conectan con las lamias vascas, las walkyrias nórdicas y las *xanae* asturianas.

El nombre de Lamia está vinculado al adjetivo λαμυρά, entre cuyas acepciones figura tanto “voraz” o “ávida” como “atrevida”, “desvergonzada”, “descarada”. Cualquiera de estos calificativos es muy apropiado para su descripción. Según otros, Lamia es sinónimo de “abismo”.¹⁰ Para Carnoy, es también el nombre de un pescado devorador.¹¹ En Hesiquio está acuñado el término λαμιώδης, “como una lamia”, para señalar a alguien perverso y sanguinario.

III. **Estringues, Στρίγγες:** Tienen enorme cabeza, ojos saltones, garfios por uñas, garras como aves de presa, al estilo de las Harpías.

“Vuelan durante la noche, atacan a los niños que no tienen nodriza y corrompen los cuerpos que arrebatan de sus cunas. Dicen que con sus picos

⁹ ARISTOPHANIS. *Comædiae*. 7. rei. (1957) Oxford University Press.

¹⁰ Por ejemplo, el P. Ignacio ERRANDONEA en su *Diccionario del mundo clásico*.

¹¹ Nos referimos al *Dictionnaire Étymologique de la Mythologie Gréco-Romaine* de A. CARNOY.

desgarran las entrañas de los pequeñuelos lactantes e hinchan sus gaznates con la sangre que chupan”.¹²

De acuerdo con los escritos, se insiste en tres nociones: lamia, noche, ave, ya que en un escolio (42 D) al orador Arístides (II d. C.), Στρίγλα es sinónimo de Lamia; a su vez, Hesiquio define στριγλός como νυκτικόραξ, ‘cuervo nocturno’, y en *Canones* 41,132 del gramático Teognosto (IX d. C.), στρίξ significa ‘lechuga’. Además, están registradas en *Carmina Popularia*, Tibulo (1, 5, 52), Plauto (*Pseudolus* 829).¹³ En *Satiricón* 63, Petronio (s. I d. C.) cuenta un hecho horrible, en un ambiente terrorífico: es día de duelo, ha muerto Ifis, un muchachito precioso; entonces se escuchan afuera ruidos provocados por las brujas; sale un corpulento y valiente capadocio, lucha y su espada atraviesa el cuerpo de un espíritu nocturno. Oyen un gemido pero no ven nada. El hombre vuelve lleno de manchas moradas, como si una mano maléfica lo hubiera tocado, e inmediatamente, advierten que el cuerpo de Ifis ha quedado como un maniquí relleno de paja. “Sin duda las brujas se habían llevado al niño, dejando en su lugar aquel muñeco. Decidme si es posible negar la existencia de estas hechiceras, hábiles en maleficios, que trastornan todo durante la noche”. Por su parte, el capadocio muere frenético al cabo de pocos días.¹⁴

¹² OVIDIO NASON, Publio (1984) *Fastos* 6, 133 ss. Trad. Manuel Marcos Casquero. Madrid, Editora Nacional; 390-392.

¹³ En latín, *striga* y *strix* nombran a: a) ave nocturna que, según la creencia popular chupa la sangre a los niños; b) vampiro; c) bruja, hechicera. (Herederó, el italiano *strega*: bruja).

¹⁴ En una balada de Robert Southey, la “bruja de Berkeley” se ufana: “*I have suck'd the breath of sleeping babes,/ The fiendas have been my slaves:/ I have 'nointed myself with infant's fat,/ And feasted on rifled graves.*” Esto es, en traducción personal: “He chupado el aliento de los recién nacidos, mientras estaban durmiendo;/ los demonios han sido mis esclavos;/ me he perfumado con la gordura del infante/ y he comido opíparamente sobre las tumbas profanadas.” Nota n. 77 de PETRONIO. *El Satiricón*. Trad. J. G. L. Krohn. Buenos Aires, Tor, /s. f./: 176. La misma nota nos remite también al libro I de *El asno de oro* de LUCIO APULEYO (s. II. d. C.) y consigna la ley sálica que prescribe lo siguiente: “si una bruja comió un hombre, pague 200 escudos”, gran cantidad para la época. Era tan acentuada la creencia en estos seres que se tomaban muchas precauciones para evitar que los cadáveres fueran agraviados.

IV. **Mormo**, Μορμώ o Μορμών y las variantes deformadas Μορβρώ y Μομμώ: Se la acusa de morder sobre todo a los chiquillos malos – aunque en realidad los demás tampoco se salvan - y de causarles cojera. ¿Hay quizá algún correlato con Hefesto?

Un referente valioso para rastrear la presencia de los cucos es la comedia, porque ella condensa el modo de vivir y de sentir de la gente sencilla. En dos obras de Aristófanes (V-VI a. C.) se menciona a Mormo, al pasar, con motivo del yelmo y del penacho de Lámaco, en *Los acarnienses* 582 y en *La Paz* 474.¹⁵ En la primera, el buen Diceópolis, contrario a la guerra, se dirige al general ateniense pidiéndole: ἀπένεγκέ μου τὴν μορμόνα, “aparta de mí a ese espantajo [o sea, a Mormo]”. E insiste, después de la contestación de Lámaco: “Ponlo por allí al revés contra mí”. En la segunda, Trigeo grita: οὐδὲν δεόμεθ' (α) ... τῆς σῆς μορμόνος, “nada necesitamos ... de tu mormo”. Ambos pasajes tienen el mismo propósito: alejar, esconder lo molesto de una visión repulsiva. El imperativo aoristo 2º de ἀποφέρω enfatiza el reclamo de que la acción sea ejecutada por el mismo sujeto causante del temor; la primera persona plural de la flexión en voz media, δεόμεθα, con la negación, “no nos hace falta”, “no necesitamos”, evidencia el deseo colectivo de poner distancia, más aún, de rechazar el objeto temido, y es importante destacar que su vocero, Trigeo, el protagonista, constantemente busca conseguir lo mejor para su pueblo y evitar lo contrario, espectros incluidos.

Jenofonte (IV a. C.) en su *Historia Græca* 4. 4. 17 asegura, en un cotexto bélico, que los lacedemonios se burlaron de los soldados mantineos porque “temían a los peltastas, como a los cucos los niños”, φοβεῖσθαι τοὺς πελταστάς, ὡσπερ μορμόνας παιδάρια [-ῶνας en otros códigos].

¹⁵ El representante de la comedia antigua nombra a estos cucos en cinco de las once obras conservadas: a Lamia en *Las avispas*, a Mormo en *Los acarnienses*, *Los Caballeros* y *La Paz* y a Mormo-Loba en *Las Tesmoforiantes*. En relación con Lamia, la producción de Aristófanes inspiró varios dramas satíricos desaparecidos.

En minúscula, se usaba como exclamación intimidatoria siempre ante receptores infantiles. Han quedado dos pasajes al respecto. En *Las Siracusanas*, idilio XV del poeta Teócrito (III a. C.), la calle está atiborrada de gente y el movimiento es inusual debido a la fiesta alejandrina en honor de Adonis. Como le preocupan los animales desbocados, para lograr que el hijito se quede seguro en la casa, la madre lo asusta: “μορμῶ, δάκνει ἵππος”. Hoy escucharíamos: “Cuco, hico, pupa”. El segundo ejemplo pertenece a *Los Caballeros* 693: μορμῶ τοῦ θράσου, “¡un cuco por su atrevimiento!”. El comentario pertenece al vendedor de chorizos Agorácrito, ante la entrada estrepitosa de Paflagón (en realidad Cleón, el demagogo). Antes ha chillado: “Véanlo allí: viene echando rayos y centellas, como oleaje enfurecido que intenta tragarme a mí!”. Las dos imágenes, del recién llegado furioso y de ser engullido, conllevan, inmediatas, el acercamiento y la alusión a Mormo.

La formación del vocablo advierte ya acerca de su carácter expresivo y popular, semejante en estructura a Γοργῶ. En toda su familia de palabras está presente el espanto: por ejemplo, μορμολύττω.¹⁶ Chantraine consigna una probable relación con el latín *formido*, cuya “f” inicial se ha disimilado y cuya significación es “espantajo: lo que inspira terror, objeto de terror”.

V. **Mormólíce**, μορμολύκη, dórico μορμολύκα: La Mormo-Loba pasaba por ser la nodriza de Aqueronte, hijo de la Tierra según una tradición, condenado a permanecer bajo el suelo y, por extensión, el río del mundo del más allá. Por ende, Mormólíce guarda correspondencia con los muertos y sus apariciones, como Gelo.

En *Las Tesmoforiantes* 417 figura μορμολυκῆια, en neutro plural, género que no afecta nuestra serie de cucos, ya que hay en el origen neutro del plural un colectivo y ese colectivo tiene la forma de un abstracto femenino singular, según la gramática comparada del indoeuropeo.

¹⁶ El verbo significa en las voces activa y media, “infundir miedo”, “asustar con espectros”; en pasiva, “sentir miedo de”.

En *Fedón* 77 e. de Platón (IV a. C.) aparece una cita significativa: Cebes, poco y nada avezado en disquisiciones filosóficas y uno de los interlocutores de Sócrates, le pide que continúe con los argumentos en pro de la existencia del alma después de la vida terrena:

“Como si tuviéramos ese temor, intenta convencernos, ¡oh Sócrates! O mejor dicho, no como si fuéramos nosotros quienes lo tienen, pues tal vez haya en nuestro interior un niño que sea quien sienta tales miedos. Intenta, pues, disuadirle de temer a la muerte como al coco”.¹⁷

En *Geografía* I 2, 8, Estrabón (I d. C.) alude a las narraciones concebidas para inducir a la infancia a obrar bien: “Fábulas son en verdad las de Lamia, la Gorgona, Efiáltes, Mormólice”.¹⁸

El hecho de ser loba aún a la condición femenina a la de lobo, símbolo de la crueldad y del mal en los cuentos infantiles.

En conclusión, de la comparación entre estos espíritus, se advierten significativos rasgos comunes (de hecho, solían ser confundidos, en especial Mormo con Gelo o Lamia o bien considerados variantes de Hécate) y de cada atributo inferido esbozamos un intento de explicación.

1. Naturaleza femenina. ¿Por qué estos genios son ‘ellas’ y no ‘ellos’? Es una constante el dualismo pureza-maldad: mujer-ángel y su reverso, mujer-demonio. Según la concepción masculina, en un extremo, está la minoría de mujeres prácticamente perfectas, admitidas vestales y vírgenes y, en la otra punta, la mayoría de hembras nada confiables, caprichosas y traidoras, prostitución incluida, aunque el cristianismo aporte su cuota de generoso perdón en la figura de la Magdalena redimida. Salvando las distancias, en el tango es clara la fascinación del hombre hacia la ‘percanta’, de la que se queja, sin embargo, porque lo abandonó, lo engañó o lo hizo caer en la miseria y en el alcohol y es conmovedor su amparo a la ‘vieja’, venerable y

¹⁷ PLATÓN (1969) *Fedón*. Trad. Luis Gil. 6º ed., Buenos Aires: Aguilar; 79-80.

¹⁸ ESTRABÓN (1980). *Geografía*. Trad. Ignacio Granero, Madrid: Aguilar: 36. La cita aparece a continuación de: “Además, como lo prodigioso no solamente causa placer, sino también temor, es necesario el empleo de ambas cosas, ya sea con respecto a los niños, ya sea con respecto a los adultos. Porque a los niños les presentamos los relatos amenos para inducirlos a lo bueno, y lo que causan temor, para apartarlos de lo malo.”

respetada, para que no la ofendan – ni siquiera la ‘mina’, casi siempre perdonada en sus restantes desvaríos. Ante el encanto femenino hay cierta desconfianza, si no marcada misoginia, y tendencia a protegerse de la mujer. Por ello se le impide el acceso a determinadas funciones (sacerdotales, por ejemplo) o se la endiosa a altares inalcanzables. Y en esta segunda situación, como se vuelve intrincado el equilibrio, se la separa de la maternidad (vestales, pitonisa).

Según los diccionarios de símbolos, la mujer es una compleja imagen arquetípica, encarna el principio pasivo de la naturaleza (el transcurso de las generaciones) y en su faceta monstruosa, aleja de la evolución.

2. Esencia monstruosa y terrorífica.¹⁹ ¿Por qué espectros o fusión humano-animal? Esta mezcla es más común en otras culturas. ¿Hay acaso en ella perduración de estratos primitivos en los sectores populares? De cualquier modo, significa disfrazar de fealdad lo temido y dejarlo afuera, separarlo de la vida diaria. Y la fealdad se exterioriza en el hibridismo y/o en las costumbres de estos seres (no en el tamaño, ya que no hay indicaciones de sobreestatura). Por eso son excepcionales, únicas y andan solas, además de carecer de descendencia.

3. Residencia apartada de la comunidad, o en cueva (Lamia) o entre tinieblas (Estringues, Gelo, Mormo y Mormólice). En ambos casos, predomina la oscuridad, motivo permanente de congoja infantil. Además, la caverna recuerda el útero, lo femenino por excelencia. Asimismo en la conseja del miedo sobre el “viejo de la bolsa”, aun cuando estemos en presencia de lo masculino, la carga se entronca con el órgano aludido, por su color, forma y oquedad.

4. Enlace ogresa-niño. No nos asombra: la relación madre-hijo, tan explotada por el psicoanálisis, es más estrecha, más simbiótica. La mamá (recordar su origen etimológico), agente de crianza por excelencia, está más en contacto con el niño. El vínculo con lo femenino ayuda a que nos relacionemos con los demás. En general – pero, es justo admitirlo, no siempre-, la madre favorece en sus vástagos el desarrollo de la capacidad para sanar, consolar y cuidar de otros y de sí mismos.²⁰ Negar a la

¹⁹ Juan CIRLOT (1985: 306) define a los monstruos como “símbolos de la fuerza cósmica en estado inmediato al caótico, al de las ‘potencias no formales’ [...] Simbolizan, según Diel, una función psíquica trastornada: la exaltación afectiva de los deseos, la exaltación imaginativa en su paroxismo, las intenciones impuras.” En *Diccionario de símbolos* (1985) Barcelona: Labor; 306.

²⁰ Ética del *caring* como complementaria, en algunos autores opuesta a una ética de la justicia

mujer esa autoridad, impedirle servir de puente para la comunicación con el mundo trae como resultado, para el hombre, conservar todo su poder y liderazgo.

5. Tendencia destructiva: raptan y muerden o devoran o dejan defectuosos. La antropofagia, de una u otra manera, está presente en todas las civilizaciones: piénsese en la costumbre de beber la sangre o comer el corazón del contrincante. De los humores, la sangre contiene la mayor cantidad de células vivas y, en consecuencia, asegura la posesión de la energía del enemigo. En este caso, se trata de adversarios plenos de vitalidad, salud y porvenir.

6. Victimarias de la infancia. ¿Por qué se ensañan con ella? Cometan παιδοκτονία o παιδοφονία, *infanticidio*. Descendientes de Herodes han existido en todos los tiempos. Algunas respuestas, complementarias entre sí, pueden ser: a) ¿Despecho a causa de la falta de progenie? Acaso sí. b) En algunos adultos el recuerdo de su propia infancia despierta antipatía y deseos inconscientes de venganza. c) El niño, ese que todos llevamos, encarna la creatividad, la apertura, la sensibilidad. Las generaciones más jóvenes ponen en aprieto, son inquietantes para los adultos que prefieren dejar todo como está y que son empujados a los cambios por los estratos de menos edad y de más arriesgadas decisiones. d) La infancia tiene el sello del desvalimiento personal, el candor, la inocencia. Y hay que ‘preparar’ al niño, endurecerlo para asegurarle la subsistencia. e) No hay cucos sin niños pero sí hay niños sin cucos; de modo que estos espíritus existen por su función, están esclavizados a no salirse del papel de ‘villanos’. En el acto de robar y de guardar se vuelven dependientes. Es verdad que quitan al niño, pero no tienen otra alternativa, se inmovilizan. Además, cuando un órgano se especifica tanto, se condiciona su uso: las garras de las Estringues sirven nada más que para aferrar.

7. Efecto permanente: provocación de temor. Todas las sociedades buscan recursos para reglar y dominar, entre otros motivos aunque no el único, para posibilitar la convivencia. Las relaciones humanas son, en definitiva, relaciones de control. El cuco y quien apela a él son exponentes del tipo intimidador.²¹ Y se acrecienta el pavor cuando el niño escucha escenas sobre sus pares.

más propia del hombre, donde rige lo que “cada uno se merece” *versus* lo que “cada uno necesita”.

²¹ Los otros tres son el interrogador, el distante y el “pobre de mí” o la víctima. *Cfr.* REDFIELD, James y Carol ADRIENNE (1995: 158 ss.)

8. Episodios ubicados más allá de la razón, 'delirantes' en sentido etimológico. La ciencia ha comenzado a investigar acerca de la inteligencia emocional. De acuerdo con la diferencia funcional de los hemisferios cerebrales, el izquierdo se vincula con la lógica; el derecho, con la creatividad, la intuición, el dejar fluir, la imaginación. El primero tiene que ver con lo masculino; el segundo, con lo femenino. En Occidente, por mucho tiempo, hemos accedido a cada uno de manera separada; estamos poco entrenados en el desarrollo holístico, integral. Y esto ha repercutido obviamente en la educación: en exceso intelectual, con desvalorización más o menos expresa de las artes, por ejemplo. Estos seres estudiados y las escenas protagonizadas por ellos – y lo hacemos general a la mitología toda - bien podrían tener la intención de revelar nuevas dimensiones, tan severamente sofocadas por el flanco reflexivo teórico desmedido. Así concebidos, hacemos un gran viraje: simbolizarían fuerzas positivas. Cucos, brujas, gigantes, enanitos, Peter Pan, entre otros, podrían considerarse personajes más evolucionados que quieren despertar la conciencia de la humanidad, permitir apertura a otras etapas de la progresión humana. (Hoy, la bruja es la sociedad de consumo que aletarga la esencia netamente humana).

En conclusión, cualquiera sea la lectura que hagamos de este quinteto de espantajos, lo cierto es que ha viajado siglo tras siglo, desde su cuna ancestral, en tiempo inmovilizado, cumpliendo su cometido: asustar. Enfatizamos que son hombres quienes lo registran (Las mujeres no escriben²²). Los autores han de recordar, seguramente, los cuentos de sus madres y nodrizas, quienes con mentalidad femenina reflejan así miedos ancestrales, como el de perder a los hijos a causa del régimen patriarcal. Este infanticidio, 'escondido' en los relatos, tiene posible vinculación con el control de la natalidad de la época.²³ Por otro lado, serían prueba de que esos miedos fueron inculcados a los escritores desde la infancia, tal vez

²² Safo es la excepción que confirma la regla. El texto de la poetisa, por otro lado, está incluido en los fragmentos inciertos.

²³ Los ejemplos abundan en la literatura griega. Controlar la natalidad supone contener el crecimiento demográfico. Ambas situaciones están íntimamente vinculadas con razones económicas, en especial relacionadas con la propiedad de la tierra. Ej. HESÍODO, *Los trabajos*, vv. 376-380.

desde el útero, incorporados en “habladurías de viejas”,²⁴ en términos de Sócrates.

Bibliografía

- ADRADOS, Francisco R. (1980) *Lírica griega arcaica*. Madrid: Gredos.
- CARNOY, Albert /s. f./ *Dictionnaire Étymologique de la Mythologie Gréco-Romaine*. Louvain: Universitas.
- CIRLOT, Juan (1985) *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor.
- CHANTRAINE, Pierre (1968) *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque. Histoire des mots*. Paris: Klincksieck.
- ERRANDONEA, Ignacio (1954) *Diccionario del mundo clásico*. Madrid: Labor.
- GRAVES, Robert (1967) *Los mitos griegos*. Buenos Aires: Losada.
- LORAUX, Nicole (1991) “¿Qué es una diosa?”, en *Historia de las mujeres. La Antigüedad*. Madrid: Taurus.
- REDFIELD, James y Carol ADRIENNE (1995) *La novena revelación: guía vivencial*. Buenos Aires: Atlántida.

²⁴ Expresión extraída de *Teeteto* 176 b.